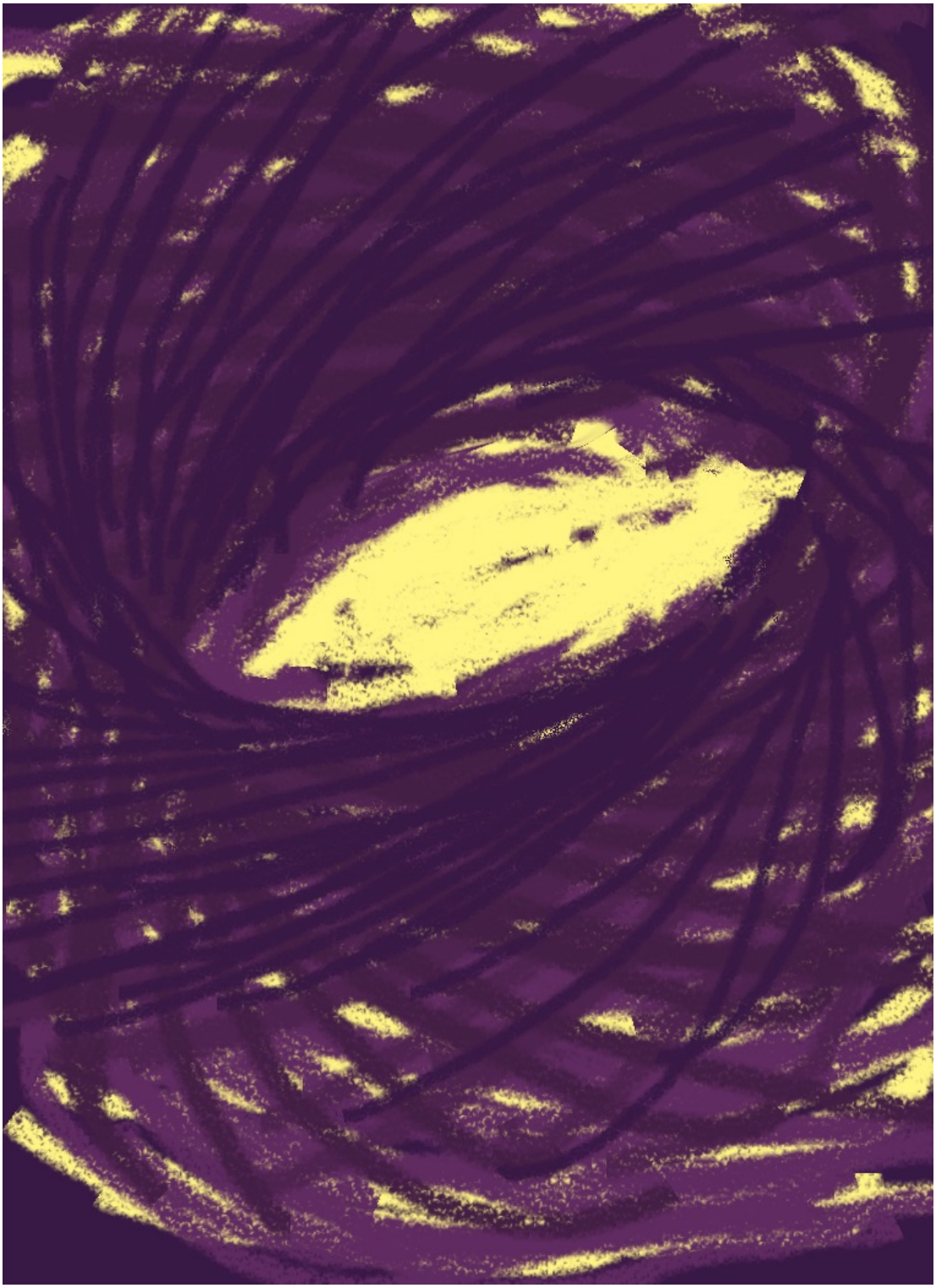
Historias de todas partes.

Rob



Capítulo 1

El final de una era.

—No hay otra opción, hermano—. Habló impetuoso, el hombre cubierto de negro. Había buscado entre todas las posibles soluciones y en ninguna podían sobrevivir ambos—. Tendré que dirigir la nave yo. Guiaré al ejército, atravesaremos la tormenta y la cerraremos del otro lado, no dejaremos que ni uno solo de esos monstruos salga de ahí, nadie en el imperio volverá a sufrirlo.

No había dejado de mirar a los ojos a su último amigo, el último compañero que le quedaba y el único al que iba a poder salvar. Muchas habían sido las peleas en las que había sobrevivido solo porque él estaba a su lado, no había otro ser en el universo en el que confiara más o al que le debiera más.

—¿De qué hablas? Podemos vencerlos, no importa cuántos más vengan no harán más que morir por nuestra mano—. Respondió a aquel a quien consideraba un hermano, decidido a cumplir con lo que había dicho.

—¿Cuántas veces, hermano? —. Preguntó, con la voz de un hombre derrotado.

—¿Cuántas veces qué?

—¿Cuántas veces más podremos regresarlos a la tormenta?

—Las que hagan falta, no importa cuántas sean. Ni un mundo más sufrirá por ellos.

—¿Cuántas almas hemos perdido contra ellos?

—Las que hacían falta, hermano.

—¡No podemos seguir así! —. Respondió, frustrado—. No hay suficiente sangre en la galaxia para detenerlos, no importa cuántos ejércitos formemos, no importa cuántas incursiones detengamos, si no cerramos la tormenta nunca se detendrán y nunca los venceremos.

—No importa. Habrá otras opciones, yo lo sé.

—Allamu nos dejó, Julianos. Ya no hay una mente en el universo que pueda comprender cómo salvarnos. Nuestra edad de oro acabó hace milenios, está es la única opción. Esa flota saldrá en cuanto entre a la

capsula y el imperio va a necesitar que cuides de él.

—Necesita de nosotros, no de mí. Tenemos que quedarnos, cuidar del fuerte, cómo lo hemos hecho desde que los demás nos dejaron.

Recordar a todos sus compañeros fue un golpe duro para ambos. Habían salvado a incontables personas, unificado planetas y sociedades diferentes bajo una misma bandera. Habían creado una nueva edad dorada en toda la galaxia bajo su control y habían caído uno a uno, hasta que solo quedaban Julianos y él.

—Nuestro deber ha sido velar por nuestro imperio y ahora el velar por él es detener a estas cosas, entonces, mí deber es acabar con todos estos siglos de guerra. Tenemos que dejar que nuestra gente duerma en paz por las noches, se merecen al menos eso.

—Y para eso debemos de estar ambos. ¿Qué dirán cuando otro de nosotros los deje? ¿Qué pensarán cuando otro de sus "dioses" los abandone? —. Espetó Julianos.

—Nunca debimos dejar que nos creyeran dioses. Allamu nos lo dijo, Chrastophoros lo dijo. Ahora tendrán que sobrevivir con solo uno de sus dioses, ¿Quién mejor que Julianos, el primer general? El ejército nunca se atreverá a si quiera pensar en dudar de ti.

—El imperio no es solo el ejército.

—Y aun así, solo con el ejército basta y sobra para mantenerlo unido. No necesitan de mí, Julianos.

—Eres un desgraciado, señor del vacío—. Habló Julianos, llamándolo por el nombre que le habían puesto a su hermano—. Está bien, ve y cumple tu deber, yo haré lo mismo.

El señor del vacío sonrió, pensando que su hermano al fin había entendido. Lo abrazó una última vez, contuvo las lágrimas pues sabía que nunca iba a volver a verlo y le dio un beso en la frente, solo para después seguir con el abrazo. Entonces su mente divagó hacia su hogar en la capital, hacia el jardín que había cuidado por milenios ¿Quién cuidaría de él en su ausencia?

Pensó en todas las batallas que libró desde antes de haberse deshecho de su humanidad, pensó en su familia, la que lo había traído a esta existencia. Pensó en cuando conoció a sus amigos, en cómo vivieron juntos, en cómo cedieron su humanidad y, eventualmente, sus vidas.

Tan absorto estaba en sus pensamientos que no vio venir el golpe de su

hermano.

Julianos siempre había sido mucho más fuerte que él y el puñetazo lo derrumbó inmediatamente.

—Lo siento hermano—. Habló Julianos—. Pero no pienso lidiar con los idiotas que tomaste como pupilos. Todos te dijimos que esos locos solo te van a hacer caso a ti.

—N-n—intentó hablar, pero no podía, ni si quiera entendía en dónde le había dado el golpe para dejarlo completamente incapacitado.

—Ni lo intentes, no vas a poder ni hablar por unas cuantas horas. De verdad eres un tarado, debiste avisar a la flota desde el principio que ibas a ir tú, ahora nadie va a decir nada cuando yo aborde la capsula.

Julianos abordó la capsula mientras se ponía su casco y su armadura, oculta en las ostentosas ropas que llevaba, salía pieza a pieza a cubrir su cuerpo. Ante el señor del vacío hizo presencia la figura legendaria que se alababa en incontables catedrales en toda la galaxia, la imagen que todo militar imperial tenía en su mente a la hora de partir a la batalla; Julianos, el primer general, envuelto de rojo y dorado.

—Voy a extrañarte hermano. Cuídate—. Habló y la capsula se cerró, separando a los dos viejos amigos para siempre.

Los propulsores de la esfera metálica se encendieron y esta voló hacia su lugar en la nave insignia de la flota, una bestia colosal a la cual habían llamado “Imperator”.

El señor del vacío pudo escuchar el atronador rugido de las tropas en tierra y el de las tropas que esperaban a bordo de la flota; sabían que era hora de partir a una gloriosa batalla bajo la guía de nada menos que de uno de sus dioses.

—Y así, solo queda el señor del vacío—. Pronunció Julianos para sí mismo—. Es lo mejor, habría sido un pésimo gobernante absoluto, billones habrían muerto—. Siguió, conteniendo las lágrimas—. La edad dorada acabó, tal y como dijimos que ocurriría. Desearía haber muerto en lugar de Pater, o de Chrastophoros, o incluso de Allamu, desearía no ser yo el que te deje solo, hermano. Pero así es la vida, ya intentamos una vez tratar de manipular la realidad y el tiempo y mira lo que eso causó, por nuestra arrogancia ni si quiera sabemos cuántos han muerto y ahora solo sabemos que iré a arreglar nuestro desastre.

Y así Julianos, primer general del imperio lloró todo lo que no había llorado en siglos, lloró hasta que la capsula en la que viajaba llegó a su destino en el corazón del Imperator, pues no quería que sus tropas, que al

igual que él estaban cediendo sus vidas, vieran a su señor llorar.

El señor del vacío había escuchado el discurso de su hermano, pues las sombras eran sus más íntimos agentes y le contaban todo cuanto escuchaban. Él también yacía en lágrimas, y ahí, postrado, fue dónde su guardia personal lo encontró.

Tras ayudarlo a levantarse, recibieron órdenes de dejarlo solo y así hicieron. Pues quería ver a su hermano partir sin ningún tipo de compañía, así como estaba yendo él.

Vio al Imperator elevarse y abandonar el planeta, vio también al resto de la flota hacer lo mismo. Con las sombras a bordo de la nave, vio a su hermano dando órdenes, vio al resto de la tripulación trabajando al unísono. Finalmente, vio a la flota entera atravesar la tormenta que ellos mismos habían provocado, y vio a las naves viajar más allá de dónde él podía ver desde las sombras. Siguió viendo hasta que la última nave entró y ya no pudo ver más.

Entonces pasaron años de incertidumbre, el señor del vacío sabía que la misión podría fracasar, ya que después de todo era una incursión al corazón del más devastador enemigo del imperio.

Y todas las noches miraba a la tormenta a la mitad del vacío espacial, con la esperanza de que en cualquier momento su hermano y su flota salieran de ahí y esta se cerrara para siempre.

Siguió haciéndolo, sabiendo bien que era imposible que regresaran, pero aun así mantuvo la fútil esperanza hasta el día en que alzó la vista al cosmos desde la capital imperial y vio que la tormenta había desaparecido.

A lo largo de un millón de mundos, el imperio entero celebró que ahora, al menos en el futuro cercano, estarían a salvo.

En todo planeta se lloraba la pérdida del gran Julianos, el primer general y ahora el terror de la tormenta.

El señor del vacío vio a toda la fe imperial cernirse sobre él, el último de sus dioses.

Y todo ser cerca de cualquier obscuridad supo sin duda la respuesta del último.

“La era de los dioses ha terminado”.

Capítulo 2

En la ciudad sin nombre.

Leontio emergió de una de las innumerables entradas a la alcantarilla de la ciudad. Había perdido la noción del tiempo y no sabía cuánto tiempo pasó bajo tierra. Antes, habría tomado en cuenta qué tanta luz del día quedaba para tener una idea del paso del tiempo, pero ahí, en aquella ciudad sin nombre en la que moraba, no había más luz que la de la luna.

Peor aún, ni si quiera la luz de la luna de aquella noche eterna había cambiado y la única forma de medir el tiempo en la ciudad, era una torre del reloj que podía verse desde casi cualquier punto de la ciudad, pero Leontio no conocía el lenguaje en el que estaban escritos los números y eso si es que en verdad se trataba de un reloj, Leontio solo había asumido que, si algo era tan visible y cambiaba con el paso del tiempo, debía tratarse de algo importante o útil y en este caso sería un reloj.

Estaba cubierto de vísceras de rata y mugre digna de las cloacas de aquel lugar y ahora también lo estaba de la luz anaranjada de la luna. Caminó por la ciudad, encontrándose con los lúgubres habitantes que moraban las adoquinadas calles.

Distintas caras, distintas alturas. Diferentes ropas y diferentes idiomas, e incontables sentimientos. Leontio había escuchado de una plática ajena que, no había dos personas que vinieran del mismo lugar en aquella ciudad.

Se encontró con distintas tiendas en las calles por las que pasaba, algunas tenían su propio espacio en los edificios en ruinas, otras no eran más que mercancía sobre un trozo de lona en el suelo, algunas incluso eran solo objetos en frente de un vendedor y ninguna persona vendía algo que le interesara a Leontio, al menos ninguna que no estuviera en el centro de la ciudad.

Cuando al fin llegó al centro, fue directo con el carnicero que lo había contratado. Se trataba de un hombre gigantesco y viejo en un pequeño estante de madera, ahí simplemente le dedicaba todo su tiempo a destazar pequeñas creaturas o a hacer salchichas al igual que otros embutidos con el fruto de su trabajo.

Leontio lo miró, completamente perdido en su actividad, cortando en pedazos a un animal que él no reconocía.

—Terminé tu encargo—. Habló y puso el saco atiborrado de cadáveres de roedores en frente del hombre que le había dado el saco vacío al igual que

el trabajo.

—Te tomaste tu tiempo, mocoso. Ya había empezado a pensar que te habían comido ahí abajo y que el siguiente niño al que mandara me traería tu carne—. Espetó el carnicero, haciendo a un lado el saco y dando un último tajo al animal que estaba destazando—. Pero un trato es un trato, niño. Dos monedas de oro por enfrentarte a los horrores de las cloacas.

—Pues casi ocurre, eran muchas más ratas de las que dijiste que habría. Además de que me encontré con las arañas.

—¿Mataste alguna? —. Preguntó el carnicero, a la vez que sacaba una de las ratas del saco para empezar de nuevo con su labor.

—Me fu en cuanto las vi.

—Niño, necesitas más osadía si quieres sobrevivir en este lugar. Te habría dado diez monedas de oro solo por una pierna—. El carnicero hablaba a la vez que asestaba salvajes golpes al cadáver del roedor gigante con un cuchillo igual de grande.

—Hay una diferencia entre ser osado y ser estúpido. No sé cómo es que esas cosas no salen de las alcantarillas a comernos a todos, no creo que les costaría hacerlo.

Le dio un escalofrío al recordar como a la mitad de su cacería había visto a lo lejos ocho ojos brillando en la obscuridad de las cloacas. Lo estaban mirando desde el techo del túnel en el que estaba, sin mostrar emoción alguna y cuando bajaron al suelo, Leontio había visto otro par de ojos encima de los primeros ocho y en estos era evidente el hambre con el que lo miraban.

—Bah—. Respondió el carnicero—. Tú temes demasiado, piensas demasiado, los que son cómo tú no duran mucho por aquí, no entiendo cómo es que ya llevas más de un mes aquí.

—Yo tampoco—. Respondió Leontio, se quitó los restos de rata de encima y se los obsequió al carnicero. Acto seguido se fue a visitar uno de los peculiares milagros de aquel lugar: una panadería.

Nunca entendió de dónde sacaban el grano para el pan, o cómo es que un montón de panaderos habían logrado ocupar y mantener uno de los pocos edificios que no estaban en ruinas. Solo aceptó que lo hacían y ya, pues para sobrevivir en la ciudad sin nombre siempre era necesario el no pensar demasiado.

Compró el pan más barato que encontró y después se fue a sentar en los escombros de lo que él creía que antaño fue una estatua. ¿De qué? Nunca lo sabría, parecía ser de una espada incrustada en el suelo, pero solo quedaba lo que a sus ojos era la hoja del arma y nada más.

Allí, una vez sentado, sacó su pobre merienda y mordió el pan.

Se arrepintió al instante. Tenía la textura de un ladrillo y carecía de cualquier sabor, por un segundo pensó que quizá habría sido mejor idea el simplemente mascar una de las rocas que inundaban las calles de la ciudad.

Casi con lágrimas en los ojos por el dolor de sus dientes, encías y su mandíbula, Leontio dio otra mordida a su hogaza de pan. Sufriendo el mismo destino que la primera vez que lo hizo, pero ahora empezando a sentir una pizca de un sabor que no podía reconocer.

Fue entonces cuando un pequeño saco ensangrentado y húmedo, que parecía más un montón de trapos, le cayó en las piernas. Asustado, Leontio acercó una mano a su arma, pero rápidamente se encontró con la mirada del carnicero.

—Compraste el peor pan de toda la ciudad—. Habló, de forma que Leontio sentía que estaba casi regañándolo como si fuera un niño. —Hasta las ratas que uso para embutidos cagan en él antes de tratar de comerlo. Al menos ten la decencia de acompañarlo con ese trozo de carne. No te preocupes por tratar de cocinarlo, no podrías y de todos modos se puede comer crudo.

—¡Escuchen y regocíjense! —. Una voz extremadamente dulce en el centro de la plaza, desentonando por completo con toda la ciudad, interrumpió al carnicero. Aquella persona de la que le habían hablado y también advertido a Leontio al fin se había aparecido.

—Esta banda de locos vino de nuevo—. Espetó el carnicero, disgustado y le dirigió una mirada a su puesto.

—¡Partimos de nuevo en busca del poder de dios! —Una figura cubierta por completo de tela azul, alzaba los brazos al cielo mientras gritaba —. ¡No solo eso! —. Continuó, aunque nadie le hacía caso en particular—. ¡Aquellos que nos sigan, ganarán cinco mil monedas de oro! —. Dicho esto, nació el interés en la plaza. Grupos de personas armadas, desde desdichados en taparrabos o incluso con un trozo de vidrio envuelto en tela a forma de un intento de cuchillo, hasta figuras cubiertas completamente de armaduras dignas de un rey.

—Le llevan ratas al carnicero que está a cargo de este mundo, solo para que pueda hacer embutidos a gusto—. Murmuró el carnicero mientras

miraba a la figura de azul con desdén.

—Dicen que saben cómo salir de aquí—. Contestó Leontio. Reacio a la muerte de su esperanza de volver a su hogar.

—Dicen que ofrecen cinco montones de monedas de oro, y sí, lo tienen de seguro. ¿Pero sabes por qué nadie en este lugar a parte de ellos habla si quiera de tanto oro? Porque nadie ha vuelto con esa recompensa. Nadie que vaya con ellos vive para tenerlo. Es un atrapa idiotas, una trampa para los desesperados. Ignóralos.

—No puedo, no sé cómo o por qué terminé aquí, pero cuando lo hice dejé atrás a muchos. Muchos dependían de mí, muchos seguramente se preguntan qué pasó conmigo, ¿Dónde estoy?, ¿Por qué me fui? Incluso si es que sigo vivo.

—No hay nadie aquí que haya venido por voluntad propia. Ni nadie que pueda huir de aquí. En cuanto terminas aquí, mueres aquí—. La voz del carnicero se tornó sombría al decir esto. Había dejado de mirar a la persona de azul y ahora miraba a Leontio con esperanzas de que él también dejara de mirarla, pero este no lo hizo.

—Tal vez, carnicero—. Respondió Leontio, a la vez que se preguntaba cuál era el nombre del carnicero y por qué no lo sabía. —Pero no voy a quedarme aquí a esperar la muerte, ¿acaso no dijiste que debería ser más osado?

—Debes serlo para sobrevivir aquí, dentro de los muros. Allá no hay ni una sola cosa que te garantice sobrevivir—respondió el carnicero mientras señalaba a las puertas de la ciudad.

—No importa—Leontio respondió, decidido—. No tengo otra opción. Gracias por todo, carnicero. Si algún día dejo este mundo con vida, le contaré a mi amada y a mis hijos de la ayuda que me diste.

El carnicero miró con tristeza como Leontio caminaba hacia la persona de azul. Lo había visto llegar a la ciudad, aterrado y hambriento. Ahora lo miraba marchar con un machete que había ganado con sangre y sudor en las manos y poco más que un montón de trapos sucios cubriéndolo. Miró como al igual que incontables otros, Leontio se acercó a aquella persona, le habló por unos minutos y se marchó junto con ellos. El carnicero no podía hacer más que seguir a la peculiar procesión hasta las puertas de la ciudad sin nombre y verlos abandonar la seguridad de las murallas, manteniendo en su corazón la esperanza de que Leontio se negara a salir hasta el momento en el que las puertas se cerraron detrás de ellos.

El carnicero, decepcionado, volvió a su puesto y siguió con su labor. Mientras convertía bestias ponzoñosas en comida, no podía evitar

imaginarse cuánto tardaría aquella cosa vestida de azul en volver a la ciudad sin ningún tipo de compañía, ofreciendo de nuevo esperanzas vacías a otro grupo de almas desesperadas.